—»¡Caballeros! dijo, vénganse conmigo. Voy á enseñarles un hermoso ¡oh! un magnífico busto de Cristóbal Colon: grande, espléndido, soberbio, piramidal.

»Nos llevó ante el hermoso busto, que verdaderamente era obra magnífica, y echando pié atrás y poniéndose en actitud académica, decia:

—»¡Oh! miren, señores, ¡qué hermoso busto de Cristóbal Colon, qué magnífico busto, qué excelente pedestal!

—»Y ¿cómo dijo V. que se llamaba ese caballero? preguntó el doctor poniéndose el lente y mirando la escultura.

—»¡Cristóbal Colon! ¡El gran Cristóbal Cclon!

—»¡Cristóbal Colon! ¡El gran Cristóbal Colon! Bien, y ¿qué hizo?

—»¡Descubrió la América! ¡Descubrió la América! ¡Cáspita!

—»¡Que descubrió la América! No, eso no. Acabamos de venir de América y no hemos oido cosa semejante. ¡Cristóbal Colon! Bonito nombre, y, dígame, ¿ha muerto?

—»¡Oh, corpo di Baccho! hace trescientos años.

—»Y ¿de qué murió?

—»No sé, no lo puedo decir.

—»¿De viruelas?

—»Lo ignoro, señores: no sé de qué murió.

—»De sarampion, probablemente.

—»Tal vez, tal vez, no lo sé; creo que murió de algo.

—»¿Viven los padres?

—»¡Imposible!

—»¡Ah! ¿cuál es el busto y cuál el pedestal?

—»¡Santa María y válame! este es el busto y este es el pedestal, dijo señalando ambos objetos con el dedo.

—»Ah, ya comprendo, ya caigo: ¡combinacion feliz! ¡combinacion acertada á fe mia! ¿Es esta la primera vez que está en busto este caballero?

»Esta broma no la entendió el guía.

»Nunca he ido á la iglesia tan á menudo como en las últimas semanas. La gente en estos países antiguos hace una especialidad de las iglesias, ó por lo ménos así hay que reconocerlo entre los genoveses. Creo que á cada tres ó cuatrocientas varas hay un templo en esta ciudad. Las calles están llenas de sacerdotes, hombres muy bien conservados, con sus ropas talares y sombreros de teja, y las campanas de las iglesias aturden continuamente con sus repiques. De cuando en cuando os encontrais con un fraile en hábito ceniciento, con la cabeza rasurada, su cinturon y camándula, calzados los piés con sandalias ó enteramente desnudos. Estos venerables martirizan la carne y hacen penitencia toda su vida; pero, ¡vive Roque! todos están gordos y rollizos.

»La antigua catedral de San Lorenzo es uno de los edificios notables de Génova. Es inmensa y tiene gigantescas columnas y un gran órgano, contando además con gran número de cuadros, pinturas al fresco, etc. No puedo describirla, porque emplearia en ello muchas

páginas; pero es digna de ser visitada. Dicen que la mitad de ella, desde la puerta principal hasta el centro de la nave, segun se va al altar, era una sinagoga, antes del nacimiento de Cristo, y que no se ha hecho en ella alteracion alguna desde entónces. Dudo de este relato. Aquello está muy bien restaurado para ser tan antiguo.

»Lo más interesante de la catedral es la capillita de San Juan Bautista. Sólo un dia del año se permite que entren en ella las mujeres, por la animosidad que áun conservan contra el sexo, por el asesinato del Santo á instigaciones de Herodías. En la capilla hay un arca de piedra en la que se guardan las cenizas de San Juan, y en derredor se halla la cadena con que le ataron en la prision. No quisimos negar fe á estas tradiciones, á pesar de que no estábamos persuadidos de su verdad, primero porque era una cadena endeble que cualquiera podia romper, y segundo, porque habíamos ya visto las cenizas de San Juan en otra iglesia. Tambien nos enseñaron un retrato de la Madona que pintó San Lúcas, y no parecia tan viejo como muchas de las pinturas de Rubens. No pudimos ménos de admirar la modestia del apóstol, que en ninguno de sus escritos nos dijo que sabia pintar.

»Esto de las reliquias me parece algo raro. Encontramos un pedazo de la verdadera cruz en cada iglesia antigua á donde vamos, y algunos de los clavos que la sujetaban. No quisiera equivocarme, pero creo que hemos visto ya lo ménos un quintal de estos clavos. Luégo hay la corona de espinas. Parte de una está en la Santa Capilla, y parte de otra, tambien, en Nuestra Señora de Paris. En cuanto á huesos de San Dionisio, me parece haber visto los bastantes para hacer de él un esqueleto duplicado.

»Queria hablar sólo de las iglesias y me pierdo en digresiones. La de la Anunciacion es un océano de hermosas columnas, estatuas, cornisamentos y pinturas. Una familia construyó todo el edificio y le dejó una dotacion. Hé aquí la clave del misterio. Nosotros creíamos que sólo una casa de moneda podia haber sobrevivido á los gastos.

»El pueblo vive aquí en las casas más sólidas, fuertes, altas, anchas y oscuras que pueden imaginarse. Cien piés de alto y otros tantos de ancho son la medida ordinaria, y uno tiene que subir tres tramos de escalera para empezar á hallar señales de vida. Todo es de piedra, y piedra de la más sólida. Las paredes tienen de cuatro á cinco piés de espesor. Las calles en general son de cuatro á ocho piés de ancho y tan tortuosas como un saca-trapos. El viajero camina por una de estas grietas y mira hácia arriba y ve la esfera celeste como una cinta de luz encima de su cabeza, donde los aleros de las altas casas de uno y otro lado casi se unen. Créese uno hallarse en el fondo de algun tremendo abismo, con el mundo por montera. Se culebrea á uno y otro lado del modo más misterioso, sin tener más idea de los puntos cardinales que si fuera uno ciego. No puede uno persuadirse de que aquellas sean calles, ni las casas casas hasta que se ve salir de ellas á una hermosa mujer lindamente vestida, que es lo mismo que ver á una hada saliendo de un calabozo, y entónces se admira uno de que tal perla salga de semejante concha. Las calles y las casas son estrechas las unas y macizas las otras, á fin de que los habitantes de la ciudad puedan sentir el fresco en este clima abrasador. Pero, ¡cosa rara! los hombres usan sombreros y están medio tostados, y las mujeres, que no llevan más que un velo ligerísimo, son por lo general blancas.

»Los grandes palacios de Génova están habitados por una sola familia, aunque á mi ver podian dar posada á un centenar. Son restos de los dias gloriosos de Génova, de los tiempos en que fué una gran potencia comercial y marítima. Estos edificios, aunque sean sólidos palacios de mármol, aparentan tener en su mayoría un color rosáceo, y desde el suelo hasta el tejado ostentan pinturas de batallas con dioses y amorcillos monstruosos, representando escenas conocidas de la mitología griega. Donde la pintura ha cedido á las inclemencias del tiempo y va desprendiéndose á pedazos, el efecto es muy poco agradable. Un Cupido silencioso, ó un Júpiter tuerto ó una Vénus con un tumor en la garganta no son cosas dignas de atraer la mirada. Algunas de estas paredes pintadas me recordaban los grandes carromatos con carteles pegados que siguen á la banda de un circo en las aldeas y lugares. No he leido ni visto que las fachadas de las casas en ninguna ciudad de Europa tengan frescos de esta naturaleza.

»No puedo concebir á Génova en ruinas. Arcos tan macizos y cimientos tan poderosos como los que sostienen estas casas-torres se encuentran en pocas partes; y de seguro que piedras tan enormes como las que componen estos edificios nunca pueden desprenderse y rodar en pedazos.

»Las repúblicas de Génova y Pisa fueron potentes en la Edad media. Sus naves llenaban el Mediterráneo y hacian un gran comercio con Siria y Constantinopla. Sus almacenes eran los grandes depósitos de donde las ricas mercancías del Oriente se distribuian por Europa. Los sarracenos capturaron y saquearon á Génova hace nueve siglos; pero en el siguiente, Génova y Pisa hicieron alianza ofensiva y defensiva y sitiaron las colonias de los turcos en Cerdeña y las islas Baleares, dividiendo el fruto de su victoria entre las grandes familias patricias. Los descendientes de algunas de estas familias orgullosas habitan todavía los palacios de Génova y se nota en sus facciones cierta semejanza con aquellos caballeros cuyos retratos cuelgan de las paredes de sus salones y aquellas bellezas de graciosos labios y alegres ojos cuyos originales son polvo y cenizas hace ya largos siglos.

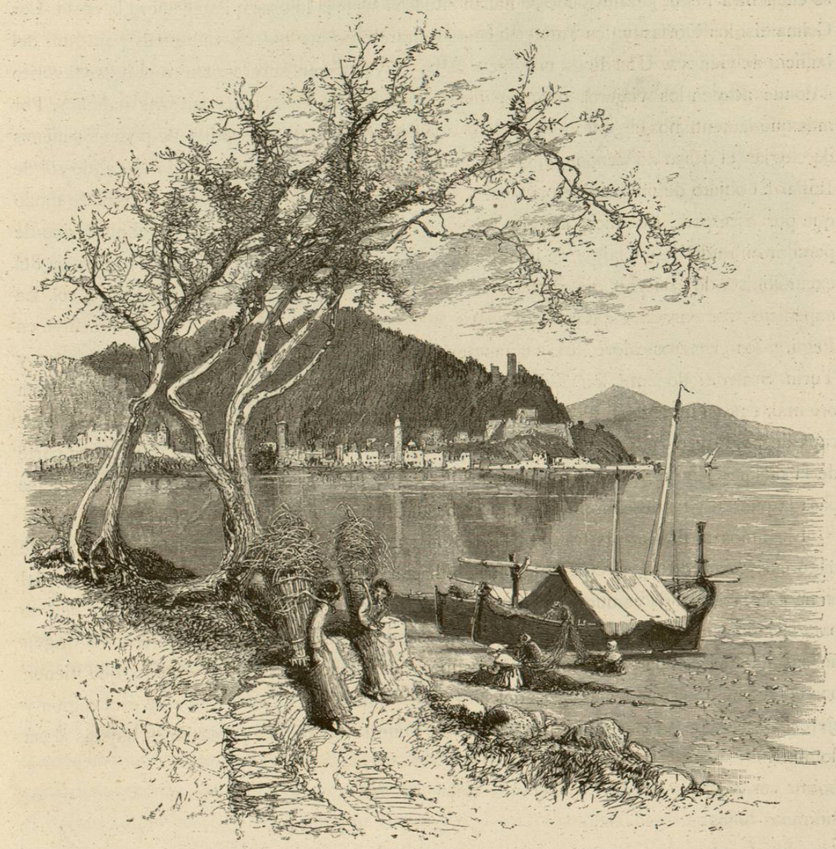
»El hotel en que parábamos pertenece á una de esas grandes órdenes de la Cruz en los tiempos de las Cruzadas, y los centinelas con cota de malla estuvieron en un tiempo vigilando sobre sus macizas torres é hicieron resonar en los salones y corredores los ecos de sus herradas botas.

»La grandeza de Génova ha degenerado en un activo comercio en terciopelos y filigranas de plata. Dícese que cada ciudad europea tiene su especialidad, y estas filigranas son la especialidad de Génova. Sus plateros convierten las barras de plata en toda suerte de formas ingeniosas y raras, y hasta vimos un templo de plata en miniatura hecho con tal arte y verdad que cada detalle era un objeto de asombro y el conjunto un portento de belleza.

»Estamos para partir, pero no cansados aún de las callejuelas de esta vieja cueva de mármol. Esta es la palabra más feliz para caracterizar á Génova. Cuando vagamos á media noche por las lúgubres quebradas ó hendiduras que se llaman calles, donde no se oye más ruido que el de nuestros pasos, y sólo se ve alguna luz á intervalos que luégo desaparece, y las casas á nuestros costados parecen prolongarse y hundirse en el espacio, se me viene á la

memoria una cueva soñada cuando niño, con sus elevados pasillos, su silencio y soledad, su aspecto lóbrego, sus ecos sepulcrales, sus temblorosas luces, y sus corredores y encrucijadas.

»Nuestra postrera visita fué al cementerio, donde pueden caber sesenta mil cadáveres, y



Vista de Noli

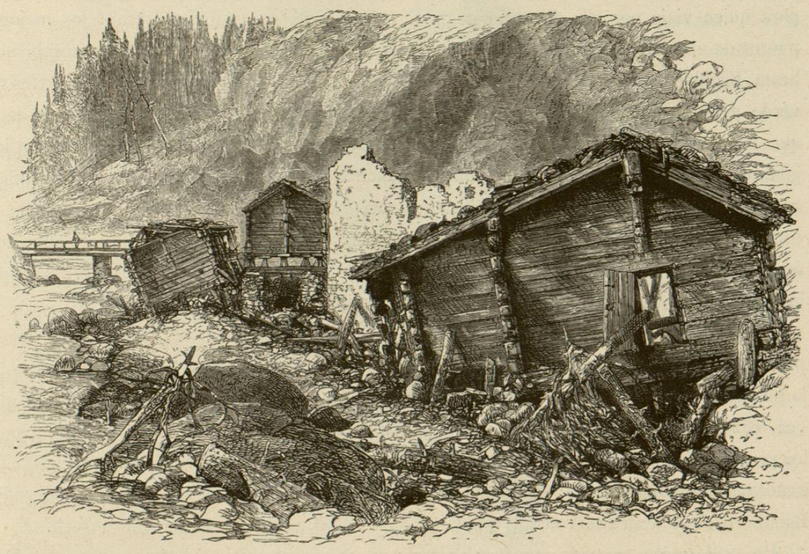
cuyo recuerdo quedará en nuestra memoria despues de haber olvidado los palacios. Es un gran cuadrilátero rodeado de corredores adornados de columnas, en cuyo pavimento de mármol cada losa tiene una inscripcion indicando á quién pertenecen los restos mortales que cubren. En ambos lados hay monumentos, tumbas, y esculturas.»

La aldea de pescadores de Porto Venere, la antigua Bahía de Vénus, se halla á la entrada del golfo de la Spezzia, y está expuesta á la furia de las olas. Un viejo castillo corona su altura, debajo de la cual se ve una iglesia construida con mármoles negros y blancos, como las catedrales de Pisa y Génova.

Debemos describir ahora lo restante del camino entre Cagoletto y Génova. La primera poblacion de importancia es Voltii, ciudad grande y rica por sus fábricas de papel. El papel genovés fué antiguamente tan apreciado en Europa como sus terciopelos. Un poco más allá se encuentra Pegli, paraje donde se hallan situadas las más lujosas quintas sobre la costa. Los Grimaldis, los Dorias y los Pallavicinis, se retiraron á estas quietas márgenes para huir del bullicio de Génova. Una de estas quintas se ha convertido en hotel y otra es el lugar favorito á donde acuden los viajeros amantes de las grutas y fuentes de los jardines italianos. Por más que lamentemos el gusto que presidió á la construccion de este retiro, no podemos ménos de elogiar el deseo de proporcionar perpetua sombra y grata frescura bajo el cálido sol de Italia. El objeto de un jardinero italiano de la Edad media, era disponer las cosas de modo que por escarpada que fuese la vertiente y pelada la roca, no dejase jamás el peregrino de percibir el ruido del follaje y de las aguas. Pegli es ahora el último punto de residencia del excursionista de invierno, que permanece en esta costa favorita en busca de la luz del sol. La expedicion comenzada en Hyeres y continuada por Cannes, Niza y Menton, concluye en Pegli, y los primeros calores del verano empujan al viajero hácia sus lares, por Génova y Turin. Sestri di Ponente, llamado así para distinguirlo de su más bella hermana en la costa oriental, es casi un arrabal de Génova. Los ómnibus corren por el camino cubierto de espesa capa de polvo y exceden en velocidad á los trepadores trenes. San Pedro d'Arena es parte de la misma Génova; pero no se obtiene una vista de las bellezas de la ciudad hasta que se pasa la puerta, y se descubre el bosque de mástiles que llena su pequeño puerto.

Llegamos al fin de nuestra jornada. Hemos atravesado un distrito lleno de vida y de históricos recuerdos, pero apénas conocido, hasta que desde hace pocos años la belleza del clima y la facilidad de comunicaciones comenzaron á atraer á las gentes que buscaban reposo para sus almas ó salud para sus cuerpos. Poco sabemos de su primitiva historia ó del orígen de sus habitantes, pero una inspeccion superficial puede asegurar al viajero que tienen poco de comun con las demás razas del Norte de Italia. Génova es la reina de esta region y ejerce en ella no menor influjo que ejerció Venecia sobre las poblaciones sujetas á su dominio.

LOS CAMINOS DE LOS ALPES



Cabañas alpestres arruinadas

DETRAS de las montañas tambien vive gente.—Así dice un antiguo proverbio aleman, para indicarnos que no ha de limitarse la esfera de nuestro conocimiento ó simpatías, por las barreras que rodean nuestro horizonte. Mas para que el objeto del refran se cumpla, y un sér pueda tender la mano á su semejante, debe haber caminos en la montaña medianera. Así los hay en los Alpes, carreteras existentes desde tiempo inmemorial y cruzadas hoy por anchos caminos; otros á propósito sólo para caballerías; otros, en fin, y estos son innumerables, verdaderas sendas que sólo pueden recorrerse á pié. De estas últimas hay centenares, desde el solitario atajo buscado solamente por el pastor ó el contrabandista, hasta aquellos senderos trazados entre precipicios y glaciares en el interior de las montañas, que eran al principio apénas conocidos por el cazador, y hoy son muy buscados por la nueva generacion de los trepadores de los Alpes. Acerca de estos no hablaremos en este artículo, cuyo objeto es echar una breve ojeada sobre algunas de las más notables rutas y senderos.

Entre las más famosas se cuenta la del Splügen. Este camino se hizo transitable para carruajes desde hace unos cincuenta años. Fué principalmente construido por los austriacos, en competencia con su vecino el Bernardino, que diverge en la parte del norte, en el pintoresco pueblo de Splügen. Nos contentaremos con un simple bosquejo de este. Muchos de los paisajes por los cuales atraviesa, tales como las gargantas de la Vía Mala y del Cardinel, se describirán más adelante.